

buscar los Santos óleos para poner la extremaunción á la señora Jollivet, una anciana, tía de mi yerno, la cual acaba de entrar en la agonía. El pobre Marie pierde con ella una de sus últimas penitentes, y se le caían las lágrimas.

—¡Bahl lo único de bueno que hay en todo esto es el barrer á los curas,— dijo Gourier, que seguía siendo cleró-fobo.—La república sería todavía nuestra si ellos no nos la hubiesen querido quitar. Empujaron al pueblo á derri-barlo todo y hacerse el amo.

—Pobre cura,—repitió con lástima Chatelard;—me da pena en su iglesia vacía; y hace usted bien, señora, en mandarle ramos de flores para la Virgen.

Callaron otra vez; pasó la sombra trágica del sacerdote entre el olor de rosas y el claro sol. Con Leonor había perdido la feligresa más fiel, más querida. La señora Mazelle no creía, en el fondo, pedía á la religión un certificado de buenas ideas burguesas. Sabía el cura su destino, le encontrarían muerto ante el altar, bajo los escombros de la bóveda de su iglesia que amenazaba ruina y que no podía reparar por falta de dinero. Ni en la Alcaldía, ni en la sub-prefectura había fondos para tal cosa. De los fieles había obtenido con trabajo una suma irrisoria. Ahora, resigna-do, esperaba la caída, celebrando el culto como si no pen-sara en la amenaza que tenía sobre la cabeza. Su iglesia se quedaba sola, su Dios parecía morir un poco cada día, y moriría con él cuando la vieja casa divina se abriera por todas partes y le pulverizara bajo el peso del gran crucifijo pegado á la pared. Tendría la misma tumba en la tierra, á donde vuelve todo.

La señora Mazelle estaba muy trastornada por sus dis-gustos personales, para pensar en lo que sería del cura. Si no se resolvía aquello temía caer mala de veras, ella que había gozado con delicia de su enfermedad sin nombre que embellecía su existencia. Se levantó para servir el té que humeaba en la clara porcelana, mientras un rayo de

sol doraba los pastelillos sobre los platos de cristal. Y mo-vía ella la cabeza, como convencida.

—Digan lo que quieran ustedes, amigos míos, ese ma-trimonio es el fin del mundo y no puedo decidirme.

—Esperaremos mas,—dijo Mazelle,—agotaremos la pa-ciencia de Luisa.

Marido y mujer quedaron pasmados al ver á Luisa en pie delante de ellos á la entrada del cenador, entre las ro-sas llenas de sol. La creían en su cuarto, en su silla larga padeciendo del mal sin nombre que sólo el marido amado podía curar, según Novarre. Debíó de creer que se estaba decidiendo su suerte, y poniéndose un peinador de flore-cillas rojas, atándose el pelo como quiera, se presentó. Es-taba encantadora, vibrante de pasión, con su cara menuda en que brillaban los ojos un poco oblicuos, llenos de ale-gre luz, aun con la pena. Había oído las últimas palabras de sus padres.

—Pero mamá! ¡pero papá! ¿Que estáis diciendo? ¿Creéis que se trata de un capricho de chiquilla?... Ya os lo he dicho, quiero que Luciano sea mi marido y lo será.

Mazelle medio vencido por la brusca aparición, luchó todavía.

—Pero hija desgraciada piénsalo bien, nuestra fortuna no tu debías heredar ya está comprometida, y un día te quedarás sin dinero.

—Comprende la situación,—insistió la madre.—Con nuestro dinero, aún comprometido, podrás hacer todavía un matrimonio razonable.

Luisa entonces con vehemencia alegre y soberbia gritó:

—¡Vuestro dinero me importa un pito! Podéis guardá-lo. Si me lo dierais, Luciano ya no me querría... Dinero para qué? ¿para que sirva el dinero? ¿Para quererse? ¿Para ser feliz? Luciano me ganará el pan; y yo misma me hace falta. Será un gusto.

Hablaba con tal fuerza de juventud y de esperanza, que los Mazelle temiendo por su razón quisieron calmar.

la cediendo. Además no podían resistir más; querían sobre todo estar tranquilos. Los convidados, bebiendo el té, sonreían comprendiendo que el libre amor de aquella rapazuela los barría como briznas de paja. Había que otorgar, lo que no se podía impedir.

Y concluyó Chatelard amable y apenas burlón.

—Gourier tiene razón; nosotros hemos acabado; los hijos dan la ley.

El matrimonio de Luciano Bonnaire y de Luisa Mazelle, se efectuó un mes mas tarde. Chatelard para divertir-se él, decidió á Gourier á dar un baile en la alcaldía en honor de los Mazelle. Le pareció divertido hacer bailar á la burguesía de Beauclair en esta boda que era un símbolo del advenimiento del pueblo. Se bailarían sobre las ruinas de la autoridad, pues ya el alcalde no era más que un lazo paternal entre los diversos grupos sociales en la casa de todos. Hubo lujo al adornar la sala, músicas y cánticos, como en la boda de Nanet y Nisa. Y hubo también aclamaciones al presentarse los novios, Luciano, tan sólido y fuerte, con sus camaradas de la Crêcherie; Luisa tan apasionada y distinguida seguida de toda la buena sociedad cuya presencia habían deseado los padres como protesta suprema. Pero el gran mundo fué sumergido por la ola popular, conquistado poco á poco por la alegría que rebosaba, y también de allí resultaron muchos matrimonios entre las dos clases diferentes. De nuevo triunfaba el amor, el amor omnipotente que inflama al universo vivo y le lleva á su destino feliz.

Y florecía doquiera la juventud; más y más alianzas, por rejas que parecían separadas por mundos, marchaban hacia la ciudad futura unidas por el eterno deseo. A su vez el antiguo comercio de Beauclair, próximo á desaparecer, dio sus hijos y sus hijas á los obreros de la Crêcherie y los aldeanos de Combettes. Augusto Laboque se casó con Marta Bourron y Eulalia Laboque con Arsenio Lenfant. Hacía algunos años que los Laboque ya no luchaban

Consintieron, primero, que su tienda fuese simple depósito de la Crêcherie. Y después la cerraron, y Lucas les aseguró una especie de retiro con un empleo de vigilancia. Viejos ya, vivían aislados, amargados, mirando con miedo aquel mundo, que no tenía su pasión de lucro sinó otras alegrías. Sus hijos se casaron á su gusto, sin más que el escondido disgusto de sus padres. Las bodas fueron el mismo día, en Combettes que era ya un gran arrabal de Beauclair, alegre y rico. La ceremonia se celebró cuando la recolección, el último día, cuando los haces enormes se levantaban en la inmensa llanura dorada.

Ya Feuillat había casado á su hijo León con Eugenia hija de Zvonnot. Ahora, muy anciano, era como el patriarca de esta Sociedad agrícola que él había soñado. Este simple colono primero, duro y rapaz como todos los de su clase llegó á amar de veras la tierra donde habían sido explotados sus ascendientes. Y vió al fin realizada su ambición, las tierras reunidas, fecundadas, abundantes, camino de la conquista total de la llanura inmensa de la Rumaña. Con Lenfant é Zvonnot formaba una especie de consejo de los ancianos, consultado para todo.

También para celebrar estas bodas hubo una gran fiesta, la fiesta de Combettes pacífico, rico, triunfante. Se iba á beber por la fraternidad del aldeano y del obrero industrial, antes puestos uno frente á otro. Se brindaría también por la desaparición del bárbaro comercio; y que mejor ocasión que la del día en que las castas enemigas se unían en felices matrimonios. Fué al aire libre, cerca del lugar, en un ancho campo donde se extendían en columnas simétricas, como de un templo gigantesco, los altos haces, color de oro bajo el claro sol. Al infinito, hasta el lejano horizonte, se prolongaba la columnata de haces y más haces mostrando la fecundidad inagotable de la tierra. Allí se cantó, se bailó, entre el buen olor del trigo maduro, en medio de la inmensa llanura fértil que ya daba pan para todos, reconciliados.

Los Laboque trajeron á todo el antiguo comercio de Beauclair, los Bourron, á toda la Crêcherie. Los Lenfant, estaban en su casa. Si los Laboque no estaban contentos los demás sí, y la gran alegría la trajo Babette Bourron que triunfaba con su eterno buen humor, anunciando la dicha.

Al aparecer los novios, hubo también aclamaciones; todo el pueblo se alegraba porque representaban aquella hermandad, aquella abundancia en cuyo seno iba á pulular un pueblo libre, unido, sin odio y sin hambre.

Aquel día se arreglaron otros matrimonios, como en las bodas de Luciano Bonnaire y de Luisa Mazelle. La señora Mitaine, guapa todavía con sus sesenta y cinco, besó á Olimpia Lenfant diciendo que deseaba llamarla su hija, pues su Evaristo le había confesado que la adoraba. Diez años hacía que se le había muerto su marido y había dejado la panadería, fundida con la Crêcherie como casi todo el comercio al por menor. Vivía con su Evaristo, muy orgullosa de que Lucas les hubiese confiado la dirección de las brigadas eléctricas, de donde salía ahora en abundancia un pan ligero y blanco para todo el pueblo. Mientras Evaristo besaba también á Olimpia, roja de placer, por vía de esponsales, la Mitaine reconoció en una viejecita flaca y negra sentada junto á un haz, á su antigua vecina la señora Dacheux la carnicera. Se sentó junto á ella.

—¿No es así?—le dijo alegre,—todo esto debe acabar en bodas pues toda esta gente menuda, en otro tiempo jugaban juntos.

Pero la Dacheux seguía muda y sombría. Ella también había perdido á su marido, muerto á consecuencia de un golpe torpe de la cuchilla que le había cortado la mano derecha. Según ciertas gentes no había sido torpeza, si no que el carnicero se había cortado la mano á propósito en un acceso de furiosa cólera antes que firmar la cesión de su tienda á la Crêcherie. Los últimos sucesos, la idea de

gustia; pasaba noches en claro vigilando las toberas; se sacrificaba como un enamorado en medio de las brasas que su piel ya no temía. Lucas pensó en darle el retiro por su mucha edad, pero no se atrevió, al verle rebelarse temblando; y el héroe del trabajo penoso que tenía el orgullo de haber gastado y quemado los músculos en su faena oscura de conquistador del fuego, no sufrió entonces aquel dolor sin consuelo. Pero la hora del retiro iba á sonar por sí misma, por la inevitable evolución del progreso; y Lucas compasivo, por bondad, esperó.

Ya Morfain se había visto amenazado, sabía que Jordán buscaba inventos para reemplazar el horno alto, tan lento y pesado, con baterías ligeras y rápidas de hornos eléctricos. Le trastornaba la idea de que podían apagar y derribar el coloso que ardía durante siete y ocho años. Tuvo noticia, alarmado, del primer progreso de Jordán al quemar el carbón al salir de la mina, y supo también que llevaba la electricidad á la Crêcherie por cables sin perder nada. Pero como el precio de fábrica seguía siendo muy alto, no temió esta inútil victoria. Durante otros diez años los nuevos fracasos de Jordán le habían alegrado, con oculta ironía, convencido de que el fuego se defendería, no se dejaría jamás vencer por aquella potencia, trueno misterioso cuyo relámpago no veía siquiera. Deseaba la derrota del amo y de sus aparatos; más, de repente, la amenaza se hace grave, se dice que Jordán ha encontrado el medio de transformar la energía calorífica del carbón en energía eléctrica sin pasar por la mecánica, es decir suprimiendo la máquina de vapor, cara y molesta. El problema estaba resuelto, el precio de fábrica de la electricidad iba á bajar la mitad, y se podría emplear útilmente en la fundición del mineral de hierro. Ya funcionaban aparatos de producción, se instalaba la primera batería de hornos eléctricos; y Morfain desesperado rondaba alrededor de su horno alto, con aire fiero y obstinado, como si quisiera defenderlo.

Sin embargo, Lucas no dió inmediatamente orden de apagar el horno alto, queriendo hacer antes experimentos concluyentes con la batería. Por seis meses ambas fundiciones funcionaron á la par; días muy malos para Morfain que ya veía condenado al querido mónstruo que guardaba. Todos le abandonaban, ya nadie subía á verlo; toda la curiosidad era para los hornos eléctricos que ocupaban tan poco sitio y que trabajaban tan bien se decía, y tan pronto. El, lleno de ira, no había querido bajar á ver aquellos inventos, que llamaba, con desdén, juguetes buenos para niños. ¿Cabía destronar el antiguo método, el fuego libre y claro que había dado al hombre el imperio del mundo? A él se volvería, á los hornos gigantes cuya hoguera había ardido durante siglos, sin apagarse jamás. Y desde su soledad, con los pocos hombres de su cuadrilla, silenciosos como él, se contentaba con mirar desde lo alto el cobertizo bajo el cual funcionaban los hornos eléctricos, feliz todavía cuando de noche incendiaba el horizonte con sus grandes coladas brillantes.

Pero llegó el día que Lucas condenó el horno alto, ya oneroso. Se resolvió dejarle apagarse para derribarlo después de la última sangría. Prevenido Morfain, no respondió nada, impassible, con su faz de bronce que nada decía de las borrascas de su alma. Se temió aquella hermosa calma; Azulina subió á ver á su padre con su hija Leonia, y Petit Da acudió con Raimundo. Un instante, como antaño, la familia se vió reunida en su cueva de rocas; el padre gigante entre la hija toda azul, por los azules ojos, y el hijo, el buen coloso, ya ganado por los alientos del mañana; y ahora había además la nieta de suave hermosura, el nieto de inteligencia viva en quien se encarnaba la generación nueva, obrera activa de ventura. El abuelo se dejó besar, acariciar; no rechazó á los niños como solía. Aunque se había jurado no verlos nunca, se dejó ahora vencer, acariciar. Pero no devolvía las caricias, con aire de estar ya fuera del tiempo, cual héroe de las épocas de

saparecidas en el cual toda humanidad estaba muerta. Era en un día de otoño obscuro y frío, en el breve crepúsculo cuyo velo de crespón caía del cielo descolorido envolviendo la negra tierra. Se levantó; no rompió su eterno silencio más que para decir:

—¡Vamos! Me esperan; todavía hay una sangría.

Era la última, todos le siguieron al horno alto. Los hombres de la cuadrilla allí estaban sumidos en la sombra, esperando; y vino la faena habitual; el espetón hundido en el tapón de tierra refractaria; la piqueta ensanchada, luego la ola tumultuosa del metal en fusión, arroyo de fuego corriendo á lo largo de las regueras llenando los moldes de charcas encendidas. Otra vez todavía, de aquel surco, de aquel campo de fuego brotaron chispas como mieses, chispas azules de ligereza delicada, cohetes de oro de graciosa sutileza, todo un florecer de azulejos entre espigas de oro. Una claridad deslumbradora, en el triste crepúsculo, vistió de sol el horno alto, las construcciones cercanas, los tejados de Beauclair á lo lejos, el horizonte inmenso. Después todo se apagó, reinó la noche profunda; era el fin; el horno alto había muerto.

Morfain, que había estado mirando, sin una palabra, no se movió; quedó en la sombra como una de aquellas rocas que otra vez envolvía la noche.

—Padre,—dijo cariñosa Azulina,—ahora que aquí ya no hay que hacer, hay que bajar con nosotros. Hace mucho tiempo tu cuarto está dispuesto.

Y Petit-Da, dijo á su vez:

—Padre ahora te toca descansar, y también en mi casa tienes tu habitación. Te repartirás, te darás un poco á cada uno de tus dos hijos.

Pero el viejo maestro fundidor no respondía. Un suspiro, al fin, le levantó el pecho con un ruido doloroso, y dijo:

—Está bien; yo bajaré, iré á ver, marcháos.

Pasaron quince días, y no se pudo conseguir que Morfain dejara el horno alto. Se iba enfriando lentamente, y

asistía él á su agonía. Quedó allí el último. Palpaba el horno todas las noches, por si no estaba muerto del todo. Mientras sintió un poco de calor, le veló obstinado como á un amigo, cuyos restos solo se abandonan á la nada. Pero llegaron los que iban á demolerlo. Y una mañana se vió á Morfain, en suprema separación desgarradora, dejar su agujero de rocas y bajar á la Crécherie, para ir directamente con paso firme de gran anciano vencido, al vasto cobertizo de vidrieras bajo el cual funcionaba la batería de los hornos eléctricos.

Allí estaban Jordan y Lucas con Petit Da, encargado por ellos de dirigir la fundición, con ayuda de su hijo Raimundo Da, buen obrero electricista.

Jordan siempre estaba presente para dirigir la marcha, deseando perfeccionar el nuevo método que tantos años le había costado.

—¡Ah! mi querido Morfain;—exclamó contento.—Al fin es usted razonable!

Impasible, la cara de color de fundición vieja, el héroe se contentó con decir:

—Sí, señor Jordan; he querido ver su máquina.

Lucas, algo alarmado, le observó, pues había hecho que le vigilaran, porque supo que se le había sorprendido inclinado sobre el tragante del horno alto, aun lleno de brasas, como dispuesto á arrojarse á aquel horrible infierno. Un obrero de su cuadrilla le había salvado de esta muerte, último don de su carne vieja al monstruo; todo lo que quedaba de su esqueleto cocido y recocado cien veces, como si su gloria hubiera sido acabar por el fuego, tan amado y servido fielmente durante medio siglo.

—Bien parece, bravo Morfain el ser curioso á su edad;—dijo Lucas sin quitarle los ojos.—Mire usted esos juguetes.

La batería de los diez hornos estaba en fila; diez cubos de ladrillo rojo, de dos metros de altura por un metro cincuenta de ancho. Y sólo se veía por encima la armadu-

ra de los potentes electrodos de espesos cilindros de carbón, á la cual venían á juntarse los cables conductores de la electricidad. La operación era muy sencilla. Un tornillo sin fin que obedecía á un botón hacia el servicio de los diez hornos, conducía el mineral y lo echaba en cada uno de ellos. Un segundo botón establecía la corriente, el arco, cuya extraordinaria temperatura de dos mil grados podía fundir doscientos kilogramos de metal en cinco minutos; y bastaba dar vuelta á un tercer botón, para que la puerta de platino que cerraba cada horno se levantase y para que una especie de andén ó plaza móvil, cubierto de fina arena, se pusiera en marcha, recibiendo los diez lingotes de doscientos kilogramos que sacaba en seguida al aire para enfriarlos.

—¿Qué tal, bravo Morfain?—preguntó Jordan alegre como un niño;—¿qué dice usted de esto?

Y le explicó el trabajo producido. Aquellos juguetes, á doscientos kilos de fundición cada uno cada cinco minutos, llegaban todos juntos á un total de doscientas cuarenta toneladas por día, haciéndolos trabajar solo diez horas. Era un rendimiento prodigioso, sobre todo si se pensaba que el antiguo horno alto, ardiendo día y noche, no llegaba á la tercera parte. Así que los hornos eléctricos funcionaban rara vez más de tres ó cuatro horas, y en eso estaba la comodidad, en poder apagarlos y encenderlos según se necesitase, para obtener al instante la cantidad deseada de materia primera. ¡Y qué facilidad, qué limpieza, que sencillez! Casi no había polvo; los electrodos daban ellos mismos el carbono necesario para la carburación del mineral. Sólo se escapaban gases, y las escorias eran tan poco abundantes, que desaparecían sin trabajo limpiando todos los días. No más coloso bárbaro cuya buena digestión causaba tantas inquietudes; no más órganos múltiples, molestos de que había habido que rodearlo, máquina sopladora, continua corriente de aire y tantas otras cosas. Ya no había vientre amenazado de atascarse ó de enfriar-

se. Ya no se hablaba de demolerlo todo por una tobera que funcionase mal. Y luego, todo un ejército en pequeño. Los cargadores atentos junto al tragante, los fundidores golpeando el tapón quemado por las llamas de las sangrias; ya no estaban todos ellos siempre alerta, sucediendo el relevo de día al relevo de noche. En quince metros de largo por cinco de ancho, la batería de los hornos eléctricos con su acera móvil, cabía holgadamente en el gran cobertizo, alegre y brillante. Y tres niños hubieran bastado para ponerlo todo en marcha; uno en el botón del tornillo sin fin, otro en el botón de los electrodos, otro en el de la plaza ó acera móvil.

—¿Qué dice usted de esto, querido Morfain? ¿qué dice usted de esto?—repetía Jordan triunfante. El anciano, sin una palabra, inmóvil, seguía mirando. Cada la noche, la oscuridad invadía el cobertizo y la batería funcionaba con regularidad mecánica y suave. Fríos, oscuros, los diez hornos parecían dormir mientras las carretillas de mineral, movidas por el tornillo sin fin, se desocupaban una á una. Cada cinco minutos las puertas de platino se abrían, el blanco brillo de las diez coladas iluminaba el espacio, las diez barras de fundición en que florecían los azulejos, entre espigas de oro, caminaban llevadas por la especie de acera móvil, con lenta marcha continua. A la larga resultaba extraordinario el espectáculo de estas iluminaciones repentinas, como rítmicas, regulares.

Petit-Da, callado hasta entonces, quiso dar algunas explicaciones. Señaló el cable grueso que bajando de las armaduras, traía la corriente.

—Mira padre; la electricidad llega por ahí, y tiene tal fuerza, que si se rompieran los hilos todo saltaría como si cayera un rayo.

Lucas, que ya no temía, viendo á Morfain tan tranquilo, se echó á reír.

—No diga usted eso, va usted á asustar á la gente. No

saltaría nada; el peligro sería solo para el imprudente que tocara los hilos. Y además, el cable es sólido.

—¡Ah! eso sí;—añadió Petit-Da;—buenos puños harían falta para romperlo.

Morfain, que seguía impasible, se había acercado; no tenía más que levantar las manos para alcanzar el cable. Allí estuvo inmóvil algunos segundos todavía, enjuto el rostro en que nada se leía. Pero súbitamente, brillaron sus ojos de tal manera, que Lucas volvió á alarmarse, temiendo una catástrofe.

—¿Eso crees? ¿buenos puños?—dijo Morfain, hablando al fin.—¡Vamos á verlo, hijo mío!

Y antes que hubiera tiempo para impedirsele, cogió el cable entre sus manos endurecidas por el fuego, semejantes á tenazas de hierro. Y lo retorció, lo rompió con un esfuerzo sobrehumano, como un gigante irritado rompería el bramante de un juguete. Y vino el rayo, los hilos se habían tocado, una chispa formidable había saltado desde el cobertizo quedó en tinieblas, solo se veía en la oscuridad la caída de un cuerpo grande; el corpulento anciano se desplomaba de un golpe, como una ancina derribada; hubo que correr á buscar linternas. Jordan y Lucas, trastornados, solo pudieron comprobar la muerte, mientras Petit-Da gritaba y lloraba. Tendido de espaldas, el viejo maestro fundidor no parecía haber sufrido, coloso intacto de la antigua fundición á quien ya no motivaría más el fuego. Ardía la ropa y hubo que apartarla. No había querido sobrevivir al monstruo amado, aquel horno alto antiguo del que ya era el último devoto. Con él, acababa la lucha primera, el hombre domador del fuego, conquistando los metales, encorvado bajo la voluntad de la penosa faena, haciendo orgulloso una nobleza del largo trabajo abrumador de la humanidad en marcha para la felicidad futura. No había querido saber nada de cualquiera del bien que traían los nuevos tiempos. Caía co-

mo heroe fiero y tenaz de la antigua servidumbre. Vulcano encadenado en su fragua, enemigo ciego de todo lo que le libertaba, poniendo su gloria en su sujeción; creyendo que era degeneración disminuir algún día el sufrimiento y el esfuerzo. La fuerza de la edad nueva, el rayo que él había venido á negar, á consultar, le había aniquilado; y dormía.

Algunos años después, hubo aún tres matrimonios, para acabar de mezclar las clases, de estrechar los lazos en aquel reducido pueblo fraternal y pacífico. El hijo mayor de Lucas y Josina, Hilario Froment, un robusto mozo de veintiseis años ya, se casó con Coletta, graciosa rubia, madre, de diez y ocho, hija de Nanet y de Nisa. La sangre de los Delaveau quedó como aplacada en la sangre de Froment y de la pobre Josina, un día recogida en el umbral del Abismo, muerta de hambre. Después Teresa Froment, tercer vástago, alta, hermosa, alegre, á los diez y siete años se casó con Raimundo, que le llevaba dos años el hijo de Petit Da y de Honorina. La sangre de Froment se unía á la de Morfain, los obreros épicos, y á la del vendido Caffiaux. Y Leonia, hija de Aquiles Gourier y de Azucelina, de veinte años, se casó con un hijo de Bonnaire, Severino, de su edad, el hermano menor de Luciano. La agonizante burguesía se unía al pueblo, á los rudos trabajadores resignados de las edades muertas, y también á los obreros revolucionarios; camino de emanciparse.

También hubo grandes fiestas. La descendencia feliz de Lucas y de Josina iba á fructificar, pulular, ayudando a poblar la ciudad nueva.

Vencía el amor; alegre, jóven, conducía á todos, parejas, familias, pueblo entero, á la final armonía. Cada nuevo matrimonio era una casita nueva entre árboles y praderas, la ola de casas que acababa de invadir y borrar el viejo Beauclair. El antiguo barrio leproso, de casuchas inmundas, quedaba arrasado; en su lugar anchas vías con árboles y fachadas risueñas. Estaba amenazado hasta

el barrio burgués; se abrían calles nuevas, se ensanchaban, cambiaban de destino los antiguos edificios, la Subprefectura, la Audiencia, la Cárcel. Sólo la vetustísima iglesia arriquetada, cuarteada, seguía en medio de una plaza desierta, que parecía campo de zarzas y ortigas. Los antiguos caserones solariegos, las casas pegadas unas á otras, dejaban el puesto á viviendas de más hermandad, más sanas, esparcidas por el inmenso jardín que venía á rodear todo el pueblo. Aguas corrientes y viva luz daban alegría á todas ellas.

La ciudad estaba fundada; grande y muy gloriosa ciudad, cuyas avenidas llenas de sol, seguían prolongándose y rebosaban sobre los campos vecinos de la fértil Ruana.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO
III

Pasaron diez años más, y el amor que había unido á las parejas, el amor vencedor y fecundo, hizo nacer y crecer en cada hogar nuevos hijos, que traían el porvenir. En cada generación nueva se difundiría y reinaría en el mundo un poco más de verdad, de justicia y de paz. Lucas, de sesenta y cinco años ya, á medida que se hacía jóven, sentíase dominado por la pasión creciente de los niños. Ahora que el edificador de ciudades, el creador de un pueblo, que en él había, veía construirse la ciudad soñada, se ocupaba sobre todo con las generaciones en germen, se hacía hacia los niños, les dedicaba sus horas todas, pensando en el porvenir. Eran ellos, eran los hijos de sus hijos, eran, mejor aún, los hijos de estos, los que debían ser un día un pueblo inteligente y sabio, en el cual se realizaría to-

sumergido y arrastrado. Sólo él no hacía nada, mientras todos los demás se ocupaban en algo, presurosos, rebozando gozo y salud. No se había aclimatado, se había como deshecho en medio de aquel mundo nuevo; y su locura le llevó poco á poco, viéndose el mismo que no trabajaba, á creer que era el amo, el rey, y que aquel pueblo era un pueblo de esclavos, ocupados sólo en trabajar según él quería, y en amontonar incalculables riquezas, de las que disponía á voluntad para su propio placer. Al derrumbarse la antigua sociedad, la idea del capital, en él, había resistido firme á pesar de todo, y él seguía siendo el capitalista loco, el capitalista dios, que, poseedor de todos los capitales de la tierra, había reducido á todos los hombres á ser sus esclavos sólo, los miserables obreros de su felicidad egoísta.

Lucas encontró á Boisgelin en el umbral de la casa, vestido ya con la corrección de siempre. A pesar de sesenta, seguía siendo el hombre de aire vanidoso, el rostro afeitado, y con su monoculo. Unicamente su mirada vacilante, sus labios flojos, lacios, revelaban su decaimiento interior. Bastón en mano, y un sombrero luciente inclinado ligeramente sobre la oreja, se disponía á salir.

—¡Cómo! ¡en pie ya, y de paseo!—exclamó Lucas, afectando el mejor humor.

—Es indispensable, amigo mío;—respondió Boisgelin después de un rato, examinándole con desconfianza.—Todos me engañan; ¿cómo quiere usted que duerma tranquilo con los millones que á diario me produce mi dinero, que me gana ese mundo de obreros? No tengo más remedio que enterarme, que ver como marchan las cosas, fin de evitar la filtración de miles de francos por hora.

Susana hizo á Lucas una seña de desesperación. Luego intervino:

—Yo le aconsejaba que no saliese hoy. ¿A qué tantas molestias?

Pero su marido le impuso silencio.

—No me preocupa tan solo el dinero de hoy, sino también todo ese dinero amontonado, esos miles de millones que los millones cotidianos aumentan todas las noches. Acabo por no darme cuenta de mi mismo, por no saber como vivir en medio de esta fortuna colosal. Es necesario que yo la coloque, ¿no es verdad? que la dirija, que la vigile, para impedir que se me robe demasiado. ¡Oh! es este un trabajo de que no tenéis la menor idea, y que me hace desgraciado; ¡sí! desgraciado, más desgraciado que los pobres sin hogar y sin pan.

Su voz comenzó á temblar de dolor; un dolor indecible: gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Inspiraba lástima, y Lucas que sufría á causa de él, por considerarle una anomalía en la ciudad trabajadora, sentíase, sin embargo, conmovido hasta el fondo del corazón.

—¡Vamos! Bien puede usted descansar un día,—repuso.

—Opino como su mujer; en lugar de usted yo no saldría, me entretendría en mirar como florecen las rosas de mi jardín.

Boisgelin le examinó de nuevo con desconfianza. Luego, como si cediese á la necesidad de hacer una confidencia, á un íntimo al cual se atrevía á confiarse:

—No, no, es indispensable que yo salga... Lo que me molesta más aún que la inspección de mis obreros y la buena administración de mi fortuna, es no saber donde colocar mi fortuna. ¡Imagináos, miles y miles de millones! Acaban por estorbar, no hay salas para ellos bastante grandes. Por eso se me ha ocurrido la idea de ir á ver si encuentro un agujero bastante profundo... Pero no digáis nada á nadie, nadie debe sospecharlo.

Y mientras Lucas, frío, aterrado, miraba á Susana completamente pálida, que contenía las lágrimas, Boisgelin, aprovechándose de su inmovilidad, pudo pasar entre ellos y huir. Con paso rápido, alcanzó la avenida llena de sol, y desapareció. Lucas quería correr tras él, y traerlo á la fuerza.